

CONCURSO JUVENTUD 1984

¡Aquí estamos con el CONCURSO JUVENTUD 1984! Con el propósito de estimular tu creatividad y enriquecer el contenido de nuestra revista, estamos abriendo nuevamente el concurso *Juventud* para este año.

Premios

1. Primer premio: equivalente a 100 dólares en la moneda del país del concursante ganador.
Segundo premio: equivalente a 60 dólares en la moneda del país del concursante ganador.
Dos terceros premios: el equivalente a 30 dólares cada uno en la moneda del país de los concursantes ganadores.
2. Un trabajo puede ser realizado por uno o más autores, sin límite de edad, pero el premio será adjudicado al trabajo.

Tipos de artículos

Los artículos deberán corresponder a cualquiera de los cuatro estilos siguientes, a elección del autor:

- * *Testimonial*. Historia breve e inspiradora (real, por supuesto), protagonizada por el autor u otra persona.
- * *De fondo*. Desarrollo de un tema de interés juvenil, de una doctrina o de un tema de debate. (Ejemplos: vida cristiana, amistad, noviazgo, pareja joven, problemas e inquietudes juveniles, vocación, testimonio en el colegio, la universidad y el vecindario, ciencia y religión, doctrinas bíblicas, el joven y la iglesia, etc.)
- * *Ensayo*. Opinión del autor sobre algún tema juvenil que despierte su inquietud. Se espera que aporte una solución al problema planteado.
- * *Parábolas y alegorías*. Mediante narraciones reales o imaginarias, presentar las grandes verdades espirituales al joven de esta década, tratando de que la lección espiritual surja, si es posible, espontáneamente, sin necesidad de ninguna aclaración.

Bases

1. Todos los artículos deben ser originales del concursante.
2. Se buscan artículos que estén dentro del estilo de los que publica *Juventud*. Nada mejor, entonces, que releer números anteriores para descubrir cuál es el tipo de artículos que *Juventud* selecciona cada mes para su publicación.
3. Usar lenguaje directo y sencillo, evitando las palabras rebuscadas y las expresiones vulgares.
4. Escoger preferentemente el estilo persuasivo, que lleve a razonar y a tomar decisiones correctas, evitando el estilo exhortativo de quien parece estar predicando desde el púlpito.

5. La extensión del artículo no debe exceder las dos mil palabras.
6. Se prefiere el trabajo escrito a máquina. En este caso la extensión límite es de siete páginas con 28 líneas de 65 caracteres cada una, a doble espacio, de un solo lado de la hoja. Se aceptarán también los trabajos escritos a mano, prolijamente presentados y totalmente legibles.
7. Los trabajos no se devuelven.
8. Todos los trabajos que sean publicados serán adaptados a las normas de estilo editorial de *Juventud*.
9. Todos los artículos premiados serán publicados en la revista.
10. Entrarán en el concurso todos los trabajos que sean entregados hasta el 31 de agosto de 1984 inclusive, personalmente o por correo. En este último caso se tendrá en cuenta la fecha del matasellos.
11. Se recomienda enviar los trabajos por correo certificado.
12. *Juventud* se reserva el derecho de publicar cualquiera de los artículos recibidos, aunque no fueran premiados, previa adaptación al estilo editorial de la revista, recibiendo el autor la remuneración habitual.
13. Todos los concursantes recibirán una circular con el fallo del jurado.
14. No hay límite a la cantidad de trabajos a enviar por un mismo autor, pero cada trabajo deberá ser enviado en sobre aparte y con seudónimo diferente.
15. Cada trabajo será firmado con seudónimo y acompañado de un sobre cerrado en cuyo exterior deberá figurar sólo el seudónimo. En el interior, debidamente llenado, el siguiente cupón (copia o fotocopia del mismo en caso de que envíes más de un trabajo):

SEUDONIMO
APELLIDO Y NOMBRES
DIRECCION POSTAL
Adjunto mi trabajo (título)
para el Concurso Juventud 1984 y acepto las bases del mismo publicadas en el número de junio de 1984.
Firma

Comienza a trabajar hoy mismo y te deseamos de todo corazón que tengas éxito. ○

Ilustración: Cada mañana en tu camino a la escuela te encuentras con la misma persona. La primera mañana tú dices: "Buenos días, ¿cómo está usted hoy?" Rebosas de bondad cristiana. El individuo responde con un gruñido. La segunda mañana tú repites tu presentación. Esta vez él da vuelta la cabeza y ni siquiera contesta. La tercera mañana tú dices: "Hola". No recibes respuesta. Tú te cambias de vereda.

¿Exageración? Revisa tus propias respuestas a la bondad interminable de Dios. ¿Ves el contraste? La diferencia es que Dios se queda en la vereda con nosotros aun cuando no respondamos. La razón: El no necesita nada de nosotros, El no pide nada de nosotros a cambio.

Pero siempre hemos dicho que El pide algo de nosotros —recién acabamos de decir que El demanda obediencia absoluta a su ley. ¿Te parece que lo hace *para sí mismo*? Dios es amor. El lo hace *por ti*. Nunca debemos igualar nuestro amor que *recibe* con su amor que *da*. Por ejemplo, decimos que Cristo hubiera muerto por sólo *uno*. Impre-

sionante, decimos, pero es incorrecto. El hubiera muerto por *ninguno*. Y hasta que comprendamos esta verdad no podremos comprender el *agape*. Lo que quiero decir es esto: aunque Dios está ansioso de darnos el don de la salvación, hay algo que El quiere para nosotros mucho más todavía: El quiere que seamos *libres*, libres aun de rechazar su don. Si hubiera sido de otra manera en la mente de Dios, nunca hubiera permitido que los horrores del pecado invadieran su universo sin mancha. Pero la libertad exige una alternativa. El pecado llegó a ser la trágica opción que quebrantó su corazón de amor.

¿Cómo funciona la salvación? La muerte de Cristo en la cruz salvó a todos, aun a los que no aceptan el don. La obediencia de Cristo llegó a ser *nuestra* obediencia, que es parte de su don. Como seres libres podemos escoger aceptar el don. Somos salvos por amor por medio de la fe. Eso es. ¿Y la santificación? ¿El crecimiento? Claro que sí, pero no olvides al ladrón en la cruz. ○

Un año con la Biblia

Cuando termine este mes estarás llegando a la mitad de la Biblia, si has sido constante y perseverante en su lectura diaria. Durante este mes de **junio** deberás leer:

Junio 1 y 2: Proverbios 1 a 7.
3 al 9: Proverbios 8 a 31.
10 al 16: Eclesiastés; Cantares; 1 Reyes 5 a 7.
17 al 23: 1 Reyes 8 a 22; 2 Reyes 1 a 6.
24 al 30: 2 Reyes 7 a 14; 20; Joel; 2 Reyes 14: 21-25; Jonás; 2 Reyes 14: 26-29; Amós.

Como notarás, hay algunas porciones en las que se insertan otros libros, como el caso de la última semana. Lo que ocurre es que en el relato de los reyes de Judá e Israel se mencionan los tiempos y hechos de algunos de los profetas, y como estamos leyendo la Biblia en orden cronológico, lo mejor es leer lo que estos profetas dijeron a sus conciudadanos en el momento histórico correspondiente. Creemos que no tendrás dificultades con esta lectura.

La parte que corresponde leer durante la primera semana de **julio** se encuentra en 2 Reyes 15 a 17; Oseas; 2 Reyes 18 y 19; e Isaías 1 a 3.

La salvación es un don. Don que eres libre de aceptar o rechazar. El aceptarlo es un acto de fe y la santificación su fruto directo.

da de Jesús. Entretanto el universo entero está mirando para ver si puedes hacerlo.

Esto es mucha presión.

Lo que quiero aquí no es negar nuestra tradición, sino aplicar el soberbio concepto de Elena G. de White de que "en cada época hay un nuevo desarrollo de la verdad, un mensaje de Dios al pueblo de esa generación" (*Palabras de vida del gran Maestro*, pág. 98). De modo que la Sra. White nos da permiso para darle otra mirada a la salvación, a lo que es, cómo funciona, y para quiénes.

¿Qué es la salvación?

Hace varios años recibí una llamada telefónica de mi hermano en Minnesota. Respondí con el tradicional ¡hola! y luego escuché las palabras aterradoras: "Brian ha muerto". Brian Wade Chaffee, de 16 años, el hijo mayor de mi hermana Bárbara y de su esposo Miles, se había alegrado recientemente al aprobar su examen de conductor de automóviles. Pero sus nuevas habilidades no eran suficientes para el camino enripiado del sur de Minnesota que recorrió un sábado de tarde.

Descendí del avión en Minneapolis, donde Bárbara y Miles debían recogerme en el aeropuerto. Me quedé mirando el frío clima de Minnesota tratando de descubrir el auto de mi padre con el que ellos vendrían a buscarme. "¿Por qué, Señor, por qué?", me decía por milésima vez. Mi hermana se acercó a mí desde atrás, me tocó suavemente en el hombro. Nos abrazamos y lloramos juntos.

Pasamos varios días hablando acerca de Brian y acerca de Dios. ¿Estaría Brian en el cielo alguna vez? ¿Estaría prepa-

rado para morir? Para él, el tiempo de gracia había terminado. Repentinamente llegó a ser muy importante para nuestra familia comprender el plan de salvación. Una y otra vez declaramos: "La salvación es un don". Solamente debemos creer. La justificación es por la fe. Nuestro bondadoso Padre no miraría las faltas de Brian, sino la justicia perfecta de Cristo. ¿Será que Brian creía? Le gustaba la música rock. A veces molestaba a sus padres y hermanos. También compró un poco de gasolina ese sábado de tarde. ¿Creía él?

En el funeral el pastor leyó una composición que Brian había escrito para la clase de religión en el colegio secundario el viernes antes de morir. Entre otras cosas Brian escribió: "Yo no sé cómo Cristo pudo alguna vez amarme lo suficiente como para morir por mí, pero estoy más que contento de que lo haya hecho".

Jesús dijo: "Al que a mí viene, no le hecho fuera" (Juan 6: 37). Yo creo que Brian creía. La salvación es un don o no lo es. La Biblia dice que lo es: "La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Romanos 6: 23). *La salvación es un don.*

¿Cómo funciona?

Para comprender cómo opera la salvación debemos comenzar con *Dios*, no con *nuestros pecados*. No somos un pueblo centrado en el *pecado*, sino un pueblo centrado en *Dios*. "Dios es amor" (1 Juan 4: 8). El "amor" de Dios es amor de *agape*. *Agape* es amor que *da*. Nuestro amor *humano* no conoce el significado de dar sin considerar lo que recibimos. Esto no es malo, pero simplemente no define la manera en que Dios ama.

La salvación es para todos

Wayne Judd

Nunca pienses que aún no eres suficientemente bueno para ir a Cristo.

La teología es a veces demasiado complicada para el pecador corriente. Así que simplifiquemos las cosas, como lo hace la Biblia: "Porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (Romanos 3: 20). "El pecado es infracción de la ley" (1 Juan 3: 4). "La paga del pecado es muerte" (Romanos 6: 23).

Es muy sencillo. Quebranta la ley y morirás. Si pensaste alguna vez que los reglamentos de la escuela eran duros, todavía no conoces nada.

Para complicar las cosas, has recibido la maldición de la naturaleza "caída" que te fuerza a pecar, aunque no quieras hacerlo. No te ayuda el protestar diciendo que estás metido en un problema que no has buscado. En realidad nada de lo que tú puedas hacer o no hacer altera tu jerarquía de pecador.

¿Qué quiere Dios de nosotros?

Todos están de acuerdo con la idea de que Dios quiere que obedezcamos perfectamente. Lo que El dice es absolutamente claro: "Tú pecas; tú mueres".

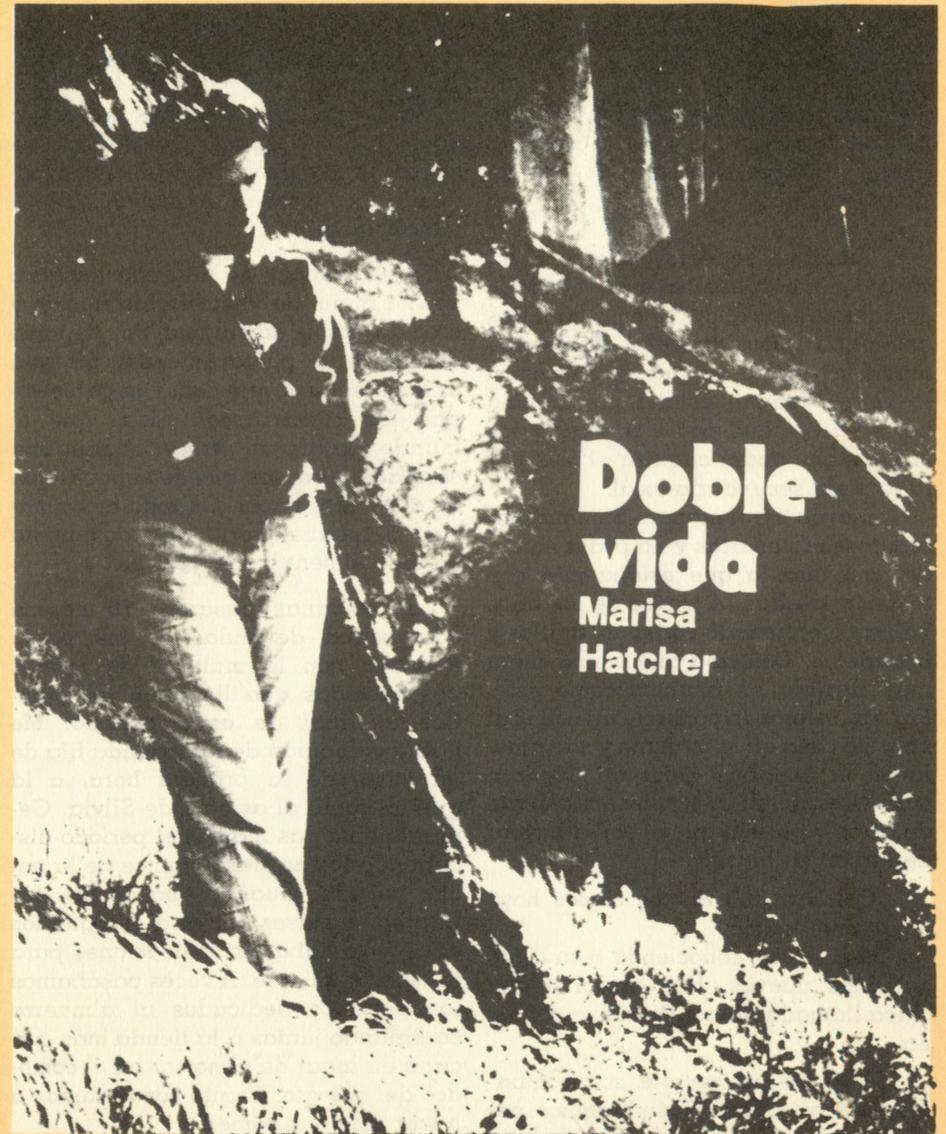
Pero, ¿acaso Cristo no murió por nuestros pecados? ¿No está actualmente en el cielo tratando de convencer a Dios de que estamos bien? Algunas personas parecen creer que Cristo murió para darnos permiso para pecar. Y que como murió por todos los pecados cometidos alguna vez, vale la pena que le demos la medida completa.

Por supuesto, parece tonto e irreverente hablar del pecado y la salvación

en términos tan arrogantes y duros. Pero muchos de nosotros explotamos la bondad de Dios en forma increíble. Sin embargo, si creemos que Dios pasa la mayor parte de su tiempo mirando por sobre el hombro del ángel registrador, sin duda estaremos respondiendo con desafortunados mecanismos de defensa. Sabemos en nuestro corazón que los ángeles registradores no quedarán sin trabajo en el futuro próximo. Y siendo que tenemos tanto pecado dando vueltas en nosotros, nos vemos obligados a escoger entre limpiarnos o volvernos locos. Así que simplemente "entregamos todo a Jesús", y seguimos pecando esperando desesperadamente escapar del juicio.

Una respuesta más trágica es el fatalismo. Por lo menos las almas que describimos arriba *están* luchando. Los fatalistas abandonan todo intento. Elena G. de White conocía a estas personas: "¡Cuántos hay que piensan que no son bastante buenos para ir a Cristo!" (*El camino a Cristo*, pág. 29).

Añadimos a esto la impresión que tienen algunos de que solamente muy pocas personas serán finalmente salvas, y tendremos amplio material para una desesperación atroz. Si juntamos la expresiones más negativas de nuestra tradición tendremos algo así como: Siendo un pecador depravado, pronto enfrentarás el fin del tiempo de gracia y del juicio investigador, sabiendo que sólo un remanente del remanente será salvo. Cuando termine el tiempo de gracia, debes ser perfecto y sin pecado, en condiciones de sostenerte sin la ayu-



Doble vida
Marisa Hatcher

Me apoye en la pared del baño y abrí mi libro de álgebra. ¡La escuela secundaria era tan diferente de la pequeña escuela de iglesia a la que había asistido en los últimos años! La puerta se abrió y contuve mi aliento, deseando que no fuera alguna profesora. Era una compañera a quien reconocí vagamente.

—¿Tienes un fósforo? —preguntó mientras llevaba un cigarrillo a su boca. Le alcancé un encendedor de mi

cartera. No se permitía fumar en los terrenos del colegio, pero los alumnos corrían el riesgo de hacerlo en los baños.

—Gracias. De paso, mi nombre es Silvia. Estuvimos juntas en la primera hora.

—Sí, lo recuerdo. Yo soy Marisa.

—¿Quieres un cigarrillo?

—No, no fumo.

Intercambiamos sonrisas mientras me devolvía el encendedor.

-Sí, tú no eres del tipo que fuma. Bueno, tengo que volver a clase. Te veré más tarde.

Aspiró unas pocas y largas bocanadas de su cigarrillo y corrió hacia la puerta. Tuve la sensación de que seríamos amigos.

El ómnibus se detuvo frente a mi casa. "¿Cómo pude haberme olvidado de quitarme el collar?", pensé mientras caminaba hacia mi casa. Sabía que mamá me haría un gran problema si lo veía. Siempre estaba preocupada por la gente que podía conocer y los hábitos que podía adquirir al asistir a la escuela secundaria local.

Las joyas me tentaban. Siempre había deseado usarlas y no podía entender qué era lo que estaba mal con respecto a ellas. A través de los años había coleccionado cadenas, anillos y brazaletes. Deseaba que mamá fuera más flexible en asuntos como éste. Era tan incómodo ponerme un collar al salir de casa en la mañana y sacármelo en el ómnibus antes de llegar a casa. Desprendí el broche en la parte de atrás y permití que el collar cayera dentro de mi blusa.

-¿Cómo te fue en tus clases hoy?
-preguntó mamá.

-Bien. Estoy conociendo a muchas personas nuevas. Hoy conocí a una chica llamada Silvia. Parece muy buena.

-Trata de no meterte con compañías equivocadas. Si pudiéramos pagar el colegio adventista estarías allí.

-También podría estar en compañía equivocada en el colegio adventista, tú lo sabes -contraataqué. Algunos de mis hipócritas amigos iban a colegios adventistas. Me gustaba la libertad que tenía en la escuela pública y no planeaba dejarla.

-Por lo menos estarías en un ambiente cristiano. A veces pienso que Dany estaría todavía en la iglesia si hubiéramos podido evitar que asistiera a escuelas públicas.

-Si la religión no está en tu corazón no importa a qué lugar vayas a la escuela.

-Es cierto, pero tú tienes una mejor oportunidad de hacer que tu vida se encarrile correctamente si estás rodeada de otros que luchan por el mismo ideal.

Yo no podía y no deseaba tampoco ver su punto de vista. Había nacido y crecido como adventista del séptimo día, pero no podía entender por qué una persona joven debía negarse todas las maravillosas cosas que el mundo tenía para ofrecer. Había una cantidad de cosas que se suponía que no debíamos hacer. Cuando fuera mayor, planeaba, sería una adventista en todo el sentido del término.

Las semanas pasaron. Ya no me equivocaba de aulas ni me ponía nerviosa con la multitud de rostros desconocidos que llenaban los pasillos al final de cada período. Me había cambiado de la segunda fila de mi clase de la primera hora, a la quinta, junto al asiento de Silvia. Generalmente pasábamos el período discutiendo los acontecimientos de la noche pasada. Cuando una de las dos faltaba a clases, la otra recogía los deberes o daba las indicaciones para la clase siguiente. A veces pasábamos los períodos dedicados al almuerzo caminando juntas a la tienda más cercana en lugar de almorzar en el comedor del colegio. Pronto comenzamos a hacer más que comer.

-¿Dónde vas a almorzar, Silvia?
-grité por el corredor.

Ella parecía estar apurada, pero se detuvo y esperó que la alcanzara.

-Carlos y yo vamos a comer una hamburguesa. Probablemente nos fumaremos un par de cigarrillos de marihuana en el camino de regreso. Si no tienes otra cosa para hacer, ¿por qué no vienes con nosotros?

-Me gusta la idea -dije sin vacilación. En minutos estábamos en el auto de Carlos en camino al almuerzo.

Mauro. Dejó caer la revista sobre la cama. Segundos después estaba profundamente dormido.

El viento hacía oscilar las cortinas de su habitación. Afuera, la gran ciudad respiraba con un extraño y siniestro murmullo. Millones de historias se tejían en ese momento.

Cacho caminaba por las calles del centro sin saber exactamente qué hacer. Decidió pasar por la joyería para ver una vez más el reloj a cuarzo con siete alarmas y calculadora que deseaba desde hacía meses. El pequeño negocio estaba abierto, y el vendedor estaba muy ocupado mostrando unos anillos a una pareja de novios. Entró un poco y siguió contemplando el preciado reloj por el costado de la vidriera abierta. Un rápido vistazo le confirmó que el vendedor todavía estaba ocupado. En un segundo, el reloj había pasado de la vidriera a su bolsillo. Miró a su alrededor. Nadie lo había visto. Salió discretamente. "Se lo merece por tonto. A quién se le ocurre dejar una vidriera abierta", pensó para sus adentros.

En otro lugar de la ciudad, Alfredo compartía con un grupo de amigos la primera borrachera de su vida. A todos los divertía la ocurrencia, al verlo alzar una y otra vez la copa y decir con voz carrasposa:

-¡Brindo por la pérdida de la "maquineta"!

Cosas de borracho, pensaban todos.

En un rincón oscuro del parque, dentro del auto que su padre le había prestado por primera vez al ver su conducta ejemplar de los últimos meses, Enrique y Lucía se sentían extrañamente libres. La charla era cálida y tierna. Costaba detener las manos. Una cosa llevó a la otra, y aquella noche pasaron mucho más lejos del límite que alguna vez se habían fijado.

La revista se deslizó lentamente de la cama de Mauro hasta caer sobre la alfombra. Quedó abierta en el artículo que estaba leyendo, mostrando la con-

clusión de las declaraciones del Dr. Ein-selbaum:

"... Por mucho que nos interese el tema, y por muy necesario que lo consideremos, es mi deber decir, después de 27 años de investigaciones, que no veo mucho futuro en las máquinas de con-



trol y modificación de la conducta. Para decirlo en pocas palabras, falta algo, algo que la ciencia no puede colocar en la mente. Ustedes perdonarán esta última reflexión un tanto mística, totalmente ajena al pensamiento científico, pero debo ser sincero: hace falta algo adentro y, mis estimados colegas, no creo que los humanos podamos proporcionarlo".

—¿Pasa algo, Mauro?

—Sí... el MC-2RCM... los planos... me los robaron... y yo... —dijo como un autómeta—...era la única copia que...

—¿Qué? ¿Te robaron el a-pa-ra-ti-to? —dijo masticando las palabras. Su rostro se contorsionó en una mueca salvaje—. ¡Ey! ¿Oyeron eso?

Los demás acudieron rápidamente. Cuchicheada, la noticia se esparció en segundos. Luego, Enrique, Lucía, Alfredo y Cacho miraron a su alrededor, ya ausentes uno del otro. Había algo raro en el aire. Una extraña libertad parecía flotar. Era algo real, palpable. Una sonrisa fría se dibujó en sus rostros, sin saber exactamente por qué. Dos minutos más tarde Mauro quedaba solo, aturdido todavía. Los demás ya habían salido en diferentes direcciones.

Mauro juntó fuerzas para empujarse hasta su casa. Se tiró en la cama, derrumbado. Pensar en recuperar lo robado era ilusorio en la gran ciudad. A estas horas el chiquillo ya habría cambiado su invento por algunas monedas para jugarlas en un juego electrónico. Pasó varias horas así, incapaz de aceptar lo ocurrido. Finalmente decidió acostarse, ya tarde.

En eso recordó que el correo había dejado esa mañana la revista de electrónica a la que estaba suscripto. Al volver de la iglesia había echado una rápida ojeada a los títulos de los artículos (pecadillo de sábado, diría). Quizás eso le levantaría un poco el ánimo.

Se acostó y buscó el artículo que le había llamado la atención. Era la transcripción casi íntegra de la conferencia que había dictado el Dr. Hans Einselbaum, eminencia mundial en la experimentación con medios cibernéticos para modificar la conducta humana. Aquella conferencia magistral, presentada en el VI Congreso Internacional de Cibernética, informaba de los últimos progresos en la materia. Mauro comenzó a leer párrafos salteados, buscando los que más le interesaban:

“... A decir verdad, los resultados

no son demasiado alentadores. A pesar de que hay tantos intereses en juego, y que la creciente ola de delitos, crímenes y terrorismo hace que las autoridades estén más que dispuestas a proporcionarnos todos los fondos necesarios para la investigación —una ventaja que nuestros colegas nos envidian—, no logramos dar con el eslabón que permita una adecuada integración entre la electrónica y el control de la conducta”.

Pasó la hoja, buscando otras partes interesantes:

... Los problemas que se presentan no son técnicos. Tenemos la tecnología necesaria para construir aparatos que puedan abarcar la totalidad de la nación, haciendo que los organismos de vigilancia estuvieran al tanto de todo lo que ocurre en la mente de los ciuda-

¿Es cierto decir que una persona “se porta bien”, cuando no lo hace porque quiere ser buena, sino porque no puede obrar mal?

danos, y aun crear máquinas que ejercieran control sobre ellos. Repito, el problema no es técnico sino ético: suponiendo que podamos “transformar” a los delincuentes en ciudadanos decentes, o impedir que tomen el camino de la delincuencia, ¿podemos decir que hemos logrado algo? ¿Es exacto decir que una persona ‘se porta bien’, cuando no lo hace porque quiere ser buena, sino porque no puede obrar mal?

“De todas formas —proseguía el Dr. Einselbaum—, las autoridades que nos urgen a continuar con las investigaciones no se detienen en esas sutilezas. Todo lo que pueda hacer posible el control de la conducta humana bien vale la pena, a despecho de la ética. Algo así como decir que el fin justifica los medios”.

Las letras empezaron a ponerse borrosas a medida que el sueño vencía a

Estuvimos de vuelta veinte minutos más tarde de la hora prevista, riendonos todo el camino de cualquier tontería. Antes de poder entrar a clases necesitábamos un justificativo de

preguntaba la miraba fijamente a los ojos mientras una mentira escapaba de mis labios. Mis notas eran buenas; ella no tenía razón para cuestionar mis historias.

Me preguntaba cómo sería la vida si yo no supiera nada de esta religión... Deseaba no saber nada. Silvia tenía un estilo de vida tan despreocupado. Yo siempre tenía problemas que se centraban en mi religión.

tardanza. Silvia y yo nos escurrimos por el patio vacío, tratando de reprimir nuestra risa.

Me acerqué a la oficina de la secretaria del vicedirector.

—Necesito un justificativo de tardanza. Mi madre me recogió para almorzar, porque necesitábamos hacer algunos trámites en el centro. Si necesita una excusa escrita de mi madre la traere mañana.

Me miró con dureza y luego firmó el justificativo. A duras penas pude salir de la oficina sin reírme. Silvia apareció minutos más tarde detrás de mí con su justificativo.

—No sabía que fueras tan buena mentirosa —comentó Silvia.

—Trato de hacerlo. ¿Qué historia le contaste?

—Oh, algo del auto de Carlos. Que no podía arrancar. Creo que ha sido divertido. Tendríamos que hacerlo más seguido.

Estuve de acuerdo.

—Te veré mañana. Que lo disfrutes.

—Gracias.

Sonreímos y nos separamos.

A veces Silvia y yo nos escapábamos por tardes enteras. Para cada ausencia presentaba una carta fragmentada de uno de mis padres.

Ocasionalmente llegaba una carta de la escuela donde se registraban las clases que perdía. Cuando mamá me

Mi vida social en la escuela era sensacional. Sólo lamentaba estar lejos de mis amigos las noches de los viernes y los sábados. Inventaba excusas para no asistir a los programas del fin de semana en la escuela sólo después de haber agotado toda posibilidad de participar. Descubrir buenas excusas se me hacía más problemático a medida que me acercaba más a la gente. Silvia me invitaba a menudo a pasar el viernes de noche en su casa. Siempre me las arreglé para no ir. Mamá y papá nunca me hubieran dejado ir sin conocer primero a Silvia, y no hubieran creído que las dos pudiéramos tener algo en común.

Cuando empecé a llegar a casa y subir directamente a mi habitación, o quedarme dormida mirando televisión en las tardes, mamá empezó a notarlo. Seguía preguntándome qué era lo que andaba mal. La encontré más a menudo en mi habitación, como si estuviera buscando algo.

—¿Estás durmiendo lo suficiente? —preguntaba a menudo—. Tus ojos se ven cansados. Quizás es tiempo de que cambies tus anteojos.

—Tan sólo estoy cansada —replicaba—. Ha sido un día agotador.

Me molestaba tener que pasar por esto todo el tiempo. Sabía que mis padres se espantarían si descubrían que de vez en cuando fumaba mari-

huana. Pero no era un gran problema. Los padres de Silvia sabían del asunto, y no les importaba. Me preguntaba cómo sería la vida si yo no supiera nada de esta religión. Deseaba no saber nada. Silvia tenía un estilo de vida tan despreocupado. Yo siempre tenía problemas que se centraban en mi religión.

Comencé a vivir una vida doble. En la iglesia yo era la perfecta cristiana, siempre dispuesta a ayudar cuando podía. En la escuela nadie tenía la más mínima idea de que yo era adventista, ni siquiera Silvia. Ella tan sólo sabía que había sido criada en alguna religión cuyos adeptos no comían cerdo.

En los siguientes dos años Silvia y yo continuamos afirmando nuestra amistad. Generalmente sabíamos dónde estaba la otra y nos cubríamos una a otra durante las ausencias. Cuando se me terminaron las razones para no participar en las actividades en sábado, comencé a decir "es mi religión". Silvia tenía curiosidad, pero nunca animé la conversación.

Mis últimos años en la escuela secundaria los pasé en el colegio adventista. Cuando volvía a casa de visita siempre me proponía ver a Silvia y fumar un par de cigarrillos de marihuana, recordando los viejos tiempos. Ella no parecía estar tan despreocupada y feliz como antes. Me confió que tenía problemas en casa y que había perdido interés en la escuela. Traté de animarla, pero mis esfuerzos fueron en vano. Cuando estaba en el primer año de la facultad Silvia y yo ya no nos veíamos demasiado. Y cuando estábamos juntas no había mucho para hablar.

Mamá me llamaba por teléfono a menudo los fines de semana. Un domingo de mañana tenía noticias especiales.

—Nunca vas a imaginarte lo que ocurrió, Marisa. Tu amiga Silvia, la de

la escuela secundaria, se unió a la iglesia. Se bautizó ayer junto con una amiga.

Me quedé sin habla. El miedo me asaltó. ¿Le habría contado Silvia a mamá de nuestro pasado juntas?

—Me parece muy bueno —alcancé a decir, pero sentía que la transpiración me cubría la frente.

—Silvia probablemente estará deseosa de verte. ¿Cuándo vienes a casa?

—Bueno, había planeado el próximo fin de semana, pero. . .

—Me parece bien. Silvia se pondrá muy contenta de ver un rostro familiar por aquí.

Estaba feliz de estar en casa, pero no sonreía demasiado. Me vestí lentamente para ir a la iglesia el sábado de mañana, y el viaje pareció más corto de lo usual. La iglesia no era demasiado grande como para esquivar a Silvia, pero planeé intentarlo tanto como fuera posible.

La Escuela Sabática había terminado y estaba comenzando a pensar que ya no aparecería. Pero entonces la vi al otro lado del salón. Agitó la mano en ademán de salud. Me quedé allí, paralizada por un instante. Tenía que acercarme. Todos sabían cuán amigas habíamos sido en la escuela secundaria. Era lo más cristiano que podía hacer.

Lentamente caminé hacia ella. Pude ver a los otros miembros de la iglesia que la saludaban y la hacían sentir bienvenida como nueva creyente. Pero Silvia me miró directamente y luego dio unos pocos pasos en mi dirección.

—¡Hola, Marisa! Hacía mucho que no te veía. ¿Cuánto tiempo has sido miembro de esta iglesia?

—Toda mi vida.

Silvia era ese tipo de persona demasiado delicada como para cuestionarme frente a la gente. Además, no tenía necesidad de comentar nada. Nos miramos los rostros una a la otra, y sus ojos lo dijeron todo. ○

del año en la iglesia. En igual proporción crecía el odio de sus amigos hacia él. Siniestros planes se movían a su alrededor. Diversos intentos por arrebatarle la infernal maquinita habían fracasado. La tenía permanentemente encendida, y echaba a perder todo lo que se tramaba a su alrededor. La situación era insostenible.

Un sábado comentó casi casualmente con Cacho que esa semana estaba terminando de poner a punto un circuito auxiliar que conectaba el MC-2RCM portátil, su computadora personal y una antena exterior ubicada sobre el techo de su casa. Las funciones del aparato se multiplicaban de manera increíble: con sólo teclear el nombre y el apellido de una persona, podía obtener al instante la información que deseaba. Cacho no pudo evitar que una sensación fría corriera por su espalda.

—El alcance es notable —decía Mauro—. Abarca un radio de 25 km.

En otras palabras, no había sitio en toda la ciudad ni sus alrededores donde uno pudiera esconderse.

Ese sábado de tarde Mauro caminaba feliz. Llevaba en su maletín su preciado aparato. Al llegar al restaurante de la esquina, entró un momento para hablar por teléfono. Ricardo estaría esperando ya su llamado.

Dejó el maletín sobre una mesa mientras levantaba el auricular del teléfono público a su espalda. En ese momento se acercó un chiquillo desarrapado para pedirle unas monedas. Mauro lo despachó prontamente. Consultó su agenda: Martínez. . . Morales. . . Míguez. . . Masine, Ricardo. Discó el número. Dio la espalda a la mesa mientras escuchaba el tono de llamada.

—¿Hola? ¿Ricardo? Sí, habla Mauro. . . ¿Qué tal?. . . Yo bien, gracias. Estaba yendo para tu casa por aquello que te comenté. ¿Vas a estar?. . . Sí, es sensorial. No te das una idea del rendimiento que tiene. . . Sí, sí, salió mejor de lo que esperábamos. . . Y, claro, hay que ver quién es el inventor, ¿no?

Jugueteó nerviosamente con el cable mientras dejaba que el orgullo le hiciera cosquillas.

—¿Cómo?. . . Nooo, por ahora no te lo presto. . . ¡todavía lo necesito mucho!. . . ¿Qué?. . . ¿los planos?. . . Bueno. . . eso podría ser, pero tendrás que cuidármelos mucho, ¿eh? Es la única copia que tengo y el circuito salió tan complicado que estoy seguro de que no me va a volver a salir si se te pierde. . . No, no. En esas condiciones, o nada. . . ¿De acuerdo?. . . Sí, los tengo aquí. . . Bueno, en un rato estoy por allá con el aparato y los planos. Hasta luego.

Colgó el auricular y se dio vuelta para tomar el maletín. El corazón le dio un vuelco. La mesa. . . vacía. . . el chiquillo aquel. . . ¡No! ¡No podía ser!

Salió corriendo a la calle. Sintió vértigos. Corrió hasta la esquina. Nada. La transpiración le surcaba la frente. Comenzó a preguntar, desesperado. Corrió varias cuadras. Inútil. Nadie había visto a un chiquillo con un maletín.

Podía percibir la rigidez en sus amigos que hacían esfuerzos increíbles por dejar la mente en blanco. La sensación de poder era deliciosa.

Volvió a entrar en el restaurante y se derrumbó en una silla. Hubiera quedado allí, mirando el suelo, si el mozo no hubiera venido a preguntar si se iba a servir algo.

Con paso vacilante caminó hasta la iglesia. Sus amigos lo vieron llegar de lejos. Ya estaban por ponerse a la defensiva cuando notaron algo raro. Era extraño. Mauro no traía su aparato (y últimamente se decía que no lo soltaba ni para bañarse).

Enrique lo interrogó, tratando de parecer indiferente:

diácono que bostezaba junto a la puerta. Una ojeada brevísima al display le permitió confirmar lo que suponía: El Hno. Funes pensaba dormir una buena siesta esa tarde.

Mauro consideró que las pruebas habían sido más que satisfactorias. Apagó el MC-2RCM y salió durante el himno final. No consideró prudente dar muchas explicaciones todavía. De todos modos, seguramente la voz ya se habría corrido. Sintió una cosquilla interior que le resultó placentera. Para cuando Enrique, Lucía, Alfredo y los demás salieron a la carrera, Mauro se había ido hacia cinco minutos.

Para el sábado siguiente no consideró necesario ocultar el aparato de sus amigos. Entró a la iglesia con paso seguro, llevándolo displicentemente en la mano. Si otros preguntaban les diría que era un sofisticado medidor de humedad ambiente. Esa semana le había agregado una luz roja para indicar cuándo estaba encendido y una pequeña antena direccional para mejorar la recepción. Con seguridad y aplomo saludó a sus amigos en la puerta. Rió para sus adentros al percibir el recelo en sus miradas.

Cada sábado se divertía más con el aparato. Pronto se dio cuenta de que bastaba que se viera que la luz roja estaba encendida para congelar una conversación. Las miradas torvas cambiaban a sonrisas de plástico. Podía percibir la rigidez de sus amigos, que hacían esfuerzos increíbles por dejar la mente en blanco. La sensación de poder era deliciosa.

Lo que estaba ocurriendo no había pasado inadvertido para el resto de la iglesia. Un sábado de tarde, el tema salió en la junta:

—No sé si ustedes habrán notado la excelente influencia que ejerce este muchacho Mauro sobre nuestros hijos, hermanos —comentó el Hno. Salgado—. Algo notable está pasando con la juventud de la iglesia, y creo que el ejemplo cristiano de Mauro tiene mucho que ver.



—Doy fe de ello —apuntó la Hna. Salinas—. Es extraño, no podría explicar por qué, pero parece que cuando ese muchacho está cerca de nuestros hijos, ellos se sienten contagiados por su influencia benéfica. Deberíamos tener muchos jóvenes como él en la iglesia.

Por supuesto, nadie sabía cuál era la verdadera razón. No hacía falta que se pusieran de acuerdo, era un pacto tácito entre ellos que la existencia del aparato no debía ser conocida por sus padres. ¿Qué pasaría si a algún padre se le ocurría pedir a Mauro que le construyera uno para tener en casa?

La creciente popularidad de Mauro apuntaba a proyectarlo como el joven

Juventud: Buenas tardes, señor Cigarrillo, nos permitimos molestarlo de la revista *Juventud* para hacerle un reportaje.

Cigarrillo: Buenas tardes, señor periodista, con mucho gusto responderé a sus preguntas. ¿Qué quiere saber?

Juv.: Antes que nada, y mientras el fotógrafo toma algunas placas, nos gustaría que nos refiriera su historia y algunos antecedentes de su persona.

Cig.: Vea, mis antecedentes se remontan a la época del descubrimiento de América. Algunos escritores refieren que al llegar Cristóbal Colón a la isla de San Salvador encontraron a los nativos aspirando de una tea encendida, que resultó ser tabaco. Otros autores dicen que en 1520 los españoles encontraron plantas de tabaco en el Yucatán, cerca de Tabasco, donde se cree se originó el nombre de tabaco.

Juv.: ¿Y cuál es su origen familiar?

Cig.: Mi antepasado directo es la

Nicotiana tabacum, planta de la familia de las solanáceas que, como ya le dije, procede de las Américas.

Juv.: ¿Podría decirnos cuál es su "modus operandi"?

Cig.: Muy sencillo. El humo del cigarrillo contiene gases y una gran cantidad de pequeñas partículas en suspensión que al condensarse producen un compuesto de más de 500 sustancias químicas, conocido como alquitrán de tabaco. Todas esas sustancias y en especial la nicotina, que es el componente esencial, y el monóxido de carbono que también está presente, tienen un particular

Reportaje al Cigarrillo



efecto perjudicial sobre la salud del hombre.

Juv.: ¿Cuáles son los principales efectos sobre los fumadores?

Cig.: En los fumadores, al inhalar el humo, toda la mezcla penetra en el organismo, alcanzando en menor o mayor medida a todos los órganos. Un residuo de alquitrán se acumula en las vías respiratorias. Esta pertinaz labor me ha permitido contar en mi haber con muchas más víctimas que las producidas por la más cruel epidemia o la más sangrienta guerra.

Juv.: ¿Siempre pudo Ud. actuar libremente, o alguna vez tuvo problemas?

Cig.: Vaya si los tuve, y muy serios. El uso del tabaco ha sido objeto de restricciones en muchos países, llegándose en algunos a imponer sanciones severísimas. Dícese que en Rusia llegó a castigarse con la amputación de la nariz y que Urbano VIII prohibió el uso del rapé en las iglesias.

Juv.: Veo que tiene valiosos antecedentes. Por otra parte parece que usted no abandonó la lucha.

Cig.: Al contrario, seguí bregando muy duramente para imponer mis principios. Por otra parte, mis patrocinadores se han ocupado de mi evolución y modernización. Me han presentado en diversas formas: rubio, negro, egipcio, mezcla, virginia, etc.; en paquetes hermosamente presentados con atrayentes colores, cortos y largos, con boquilla y sin ella, con y sin filtro, en fin, una cantidad de variantes que me han permitido extenderme a todos los niveles. Ahora, yo quisiera hacerle una pregunta: ¿por qué me han elegido?

Juv.: No escapará a su buen criterio que últimamente se está poniendo de moda. Todo el mundo habla de Ud. y son muchas las instituciones que tratan de hacerlo desaparecer, sosteniendo

—a mi criterio con razón— que su influencia es maléfica para la salud.

Cig.: Así es. Me he enterado de todas

las campañas difamatorias y tenga la seguridad, señor periodista, que lucharé con todas mis fuerzas para defender mis derechos. Muchos millones de dólares me respaldan y no cejaremos en nuestra publicidad para demostrar, aunque yo mismo sé que no es verdad, que el cigarrillo aumenta el vigor, mejora la salud y crea gente fuerte, potente y capaz de realizar cualquier hazaña.

Juv.: Sin embargo, los entendidos opinan que Ud. perjudica la salud, que la propaganda es puro humo y que está demostrado en el mundo entero que el uso del cigarrillo aumenta la incidencia de cáncer, amén de un sinnúmero de otras afecciones.

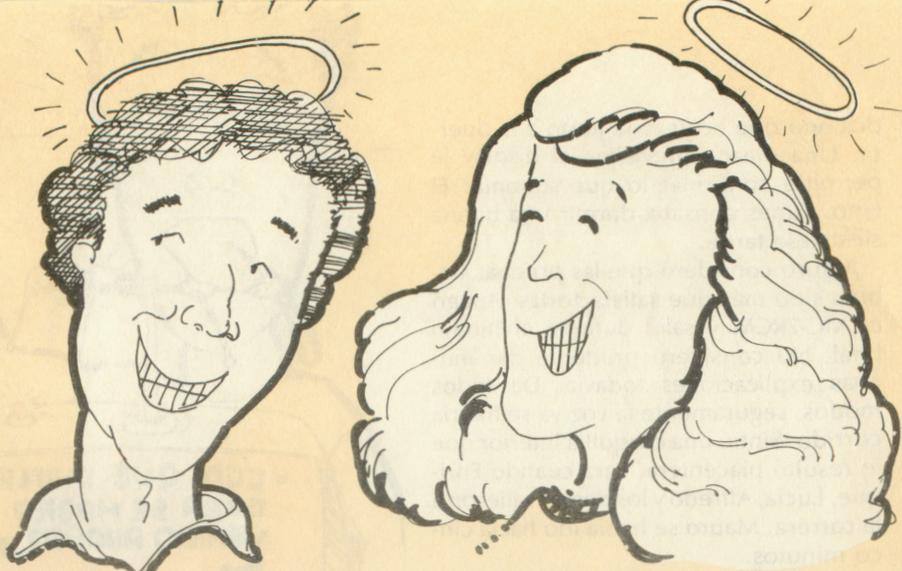
Cig.: Señor periodista, lo que pasa es que esa gente no quiere gastar dinero, y para disimular no compra cigarrillos, así no tiene que invitar a sus amigos. Estos inconscientes prefieren tomar bebidas no alcohólicas, hacer vida al aire libre, practicar deportes, antes de fumar. ¡Qué gracia! Así cualquiera se mantiene fuerte y sano. Pero me gustaría verlos abandonar todas esas cosas saludables y ver cómo se entretendrían. Entonces sí me verían como un buen amigo.

Juv.: Sí, un "buen amigo" que les provoca cáncer de pulmón, cáncer de laringe, les disminuye la función respiratoria, aumenta el riesgo de enfermedades coronarias y úlcera gastroduodenal.

Cig.: Señor periodista, si bien eso es cierto, se olvidan de mencionar las grandes sumas de dinero que ingresan al erario público en concepto de impuestos y la cantidad de gente que se quedaría sin trabajo si cerrasen las fábricas de cigarrillos.

Juv.: Pero podríamos mencionar que al erario público le cuesta más lo que gasta en atender a los enfermos por culpa del cigarrillo que lo que recibe en concepto de impuestos.

Cig.: ¿Sabe qué pasa? Es que la mayoría de los fumadores son gente de edad avanzada y por eso se enferman y



—¿Qué tal, Mauro? ¿Cómo estás? ¡Ey!... ¿Qué es eso? ¿Otro de tus inventos?

Era inútil. Ya lo habían descubierto. Mauro observó el display de su aparato. Las letras verdes corrían de derecha a izquierda: *¿CON QUE CHIFLADURA SE HABRA VENIDO AHORA?*

—¿No te dijeron que la calculadora ya se había inventado? ¿O es un modelo especial? Déjame ver... .

Antes de que Mauro pudiera impedirlo, Enrique se lo había quitado de las manos, justo a tiempo para ver las letras verdes: *SIEMPRE EL MISMO... CADA SEMANA CON ALGUNA TONTERIA NUEVA... SI TAN SOLO FUERA UN POCO MAS...*

Enrique se detuvo en seco, incapaz de entender. Su rostro se puso pálido. Miró a Mauro sin poder creer lo que veía.

—¿No me dirás que "eso" puede... ¡no puede ser!... yo... .

Mauro sólo atinó a hacer una mueca que semejava una sonrisa. Enrique devolvió el aparato y desapareció rápidamente. En ese momento Lucía subía, ensimismada, las escaleras. Mauro apuntó el MC-2RCM y observó el display:

QUE TARDE SE HA HECHO... EL DIRECTOR YA DEBE DE HABER LLEGADO... ¿ERA ESTE EL SABADO DE VISITAS?

—No, es el próximo —dijo Mauro, y

al momento siguiente deseó haberse mordido la lengua. El MC-2RCM fue prensado rápidamente entre la Biblia y el himnario.

—¿Eh? ¡Ah, hola Mauro!... Pero ¿cómo... cómo es que... ?

Lucía lo miró sin comprender. ¿Era que... o le había parecido? Mauro se limitó a saludarla con la mayor de las formalidades, tratando de ocultar su nerviosismo, y enseguida comentó con seriedad lo cambiante que estaba el tiempo últimamente.

A la hora del sermón, Mauro paseó su vista por el mar de cabezas, hasta que divisó la nuca de Alfredo, cuatro filas más adelante. Tapando el aparato con el himnario, apuntó y reguló la perilla del control de sensibilidad. En ese momento, los ancianos pasaban a la plataforma.

OTRA VEZ —decían las letras verdes—, CON EL CALOR QUE HACE HOY, TENEMOS QUE AGUANTAR OTRA VEZ EL SERMON DEL HERMANO GODOY. SERA MEJOR QUE...

Sin saber por qué, Alfredo se dio vuelta. Se sentía un poco extraño. Mauro apagó rápidamente el aparato y observó a Alfredo con el rabillo del ojo. "Tendré que tener en cuenta este detalle para el próximo modelo —se dijo—. Parece que lo perciben de alguna manera".

Antes que el sermón terminara, apuntó rápidamente el aparato hacia el



El estaño chirrió al tocar la punta caliente del soldador. Una nubecita de humo de resina se elevó sobre el circuito integrado. Mauro consultó el diagrama.

—Veamos. . . la patita 5 del IC-7 va al terminal positivo de C-15. Ahora la patita 6. . . ya está. Me faltan dos integrados y unos pocos componentes más y termino.

Una hora y diez minutos más tarde contemplaba su engendro sobre la mesa de trabajo. A simple vista parecía una calculadora con botones y perillas. “Me salió un poco voluminoso —dijo para sus adentros—. Para el próximo modelo debería contratar a un japonés para que me ayude”.

Consultó su reloj. Había terminado a tiempo. Era viernes de tarde, y había logrado concluir su proyecto antes de la puesta del sol. Mañana. . . el gran día. El momento de probar el MC-2RCM, como lo llamaba Mauro para abreviar el espantoso nombre de “Modificador de Conducta por Reacción ante Revelación de Contenidos Mentales”.

El sábado amaneció claro y agradable. Mauro terminó de vestirse y lustró con orgullo su invento con la manga de su saco mientras salía. Rato después se acercaba a la iglesia. Encendió el MC-2RCM y trató de que pasara inadvertido entre su Biblia y el himnario mientras subía las escaleras. En ese momento se cruzó con Enrique.



La máquina de hacer santos

Un cuento de religioficción que descubre realidades no tan imaginarias.

me echan la culpa a mí; pero, ¿qué me dice, por ejemplo, de la gente joven que fuma?

Juv.: Las más importantes publicaciones científicas confirman que los efectos tóxicos del cigarrillo llegan a darse tarde o temprano en todos los fumadores sin excepción, y que la esperanza de vida en personas jóvenes fumadoras disminuye en un promedio de hasta diez años, según el número de cigarrillos que se fumen por día.

alguna manera sus consecuencias.

Cig.: Indudablemente, señor periodista, usted se ha plegado a la campaña en mi contra. Por ejemplo, ¿por qué no dice que a las mujeres no les hace daño el cigarrillo?

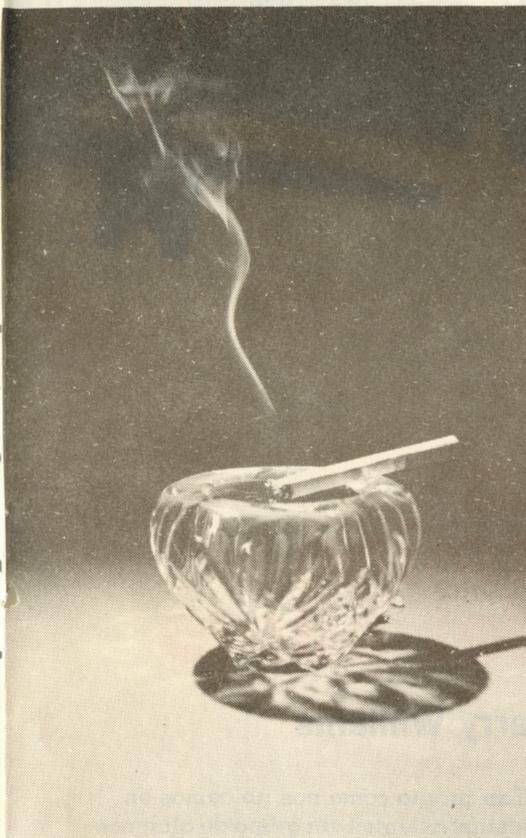
Juv.: Porque no es cierto. El riesgo de muerte es un 70% más elevado en fumadores que en no fumadores, tanto hombres como mujeres. Por otra parte, las madres que fuman durante el embarazo generan un retardo en el crecimiento fetal y aumentan el riesgo de mortalidad perinatal.

Cig.: Con Ud. no se puede discutir. Gente como Ud., más los médicos y algunas entidades que luchan en mi contra, me están haciendo perder la clientela, que tanto trabajo y dinero en propaganda me costó reunir. Las publicaciones de los riesgos del cigarrillo han aumentado en los últimos años el número de personas que han dejado de fumar o que disminuyen considerablemente la cantidad de cigarrillos diarios. La mayor parte de los médicos ha procedido en esa forma, ya que afirman que son los que conocen las consecuencias que yo les provoqué. Como se dará cuenta, esto me perjudica enormemente ya que día a día veo disminuir mis adeptos. Señor periodista, estoy seguro de que si esta campaña contra el hábito de fumar continúa, yo mismo voy a tener que dejar el cigarrillo.

Juv.: Lo felicito, señor Cigarrillo, y espero que se concrete esta posibilidad cuanto antes. Por las dudas vaya quemándose menos y el día que deje totalmente de hacerlo, avíseme y vendré personalmente a reiterarle mi sincera felicitación.

Cig.: Lo pensaré muy seriamente, señor periodista.

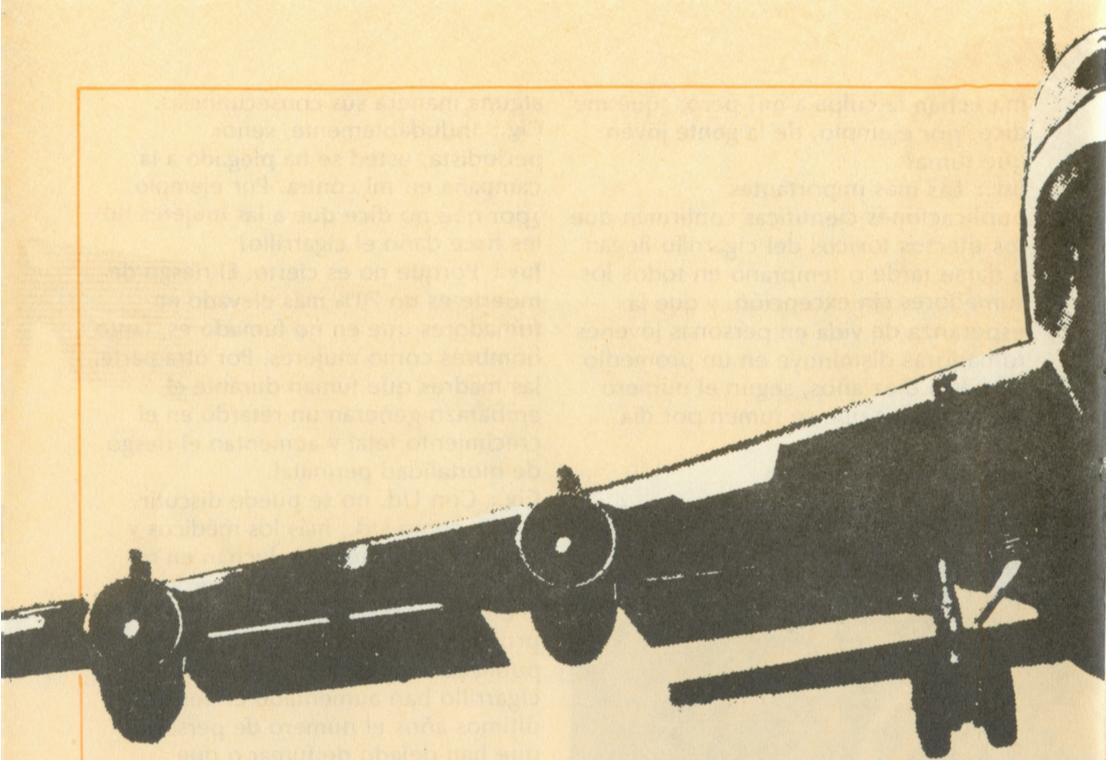
Juv.: Todavía no es demasiado tarde, pero la decisión debe tomarla hoy. ¡Y para siempre!



Cig.: Y bueno, en ese caso podrían dejar de tragar el humo.

Juv.: Pero piense que hasta quienes no fuman, pero están varias horas por día encerrados en ambientes llenos de humo de cigarrillo, llegan a padecer de

Adaptado de Educación para la Salud, Ministerio de Salud Pública, Argentina, Nº 49, págs. 15-17.



Decir que el avión estaba atestado era por demás obvio.

Nuestra luna de miel en Centroamérica había llegado a su fin, y mi flamante esposa y yo teníamos que regresar al mundo de la vida de todos los días. Penny se sentó nerviosamente a mi lado. El viaje desde Nueva Orleans había sido su primera experiencia en un avión. Durante los primeros quince minutos después de elevarnos por encima de la pista había quedado inmóvil, llorando para sí, con sus ojos cerrados. Pero cuando el avión no se hundió en las aguas del golfo de México como esperaba, decidió que podía disfrutar del vuelo y comenzó a observar los hermosos bancos blancos de nubes que se extendían debajo de nosotros.

Ahora enfrentaba nuevamente los terrores del vuelo. En cuanto respecta a ella, la humanidad simplemente no había sido hecha para desplazarse por los aires.

La amiga del piloto

Jerry Williams

Tan pronto como nos ubicamos en nuestros asientos, un grupo de alumnos secundarios de Misisipi comenzaron a abordar el avión, en viaje de regreso a casa después de pasar parte del año escolar en un programa de intercambio internacional con el pequeño país donde habíamos pasado nuestra luna de miel.

tanque, pero sólo estaba el tubo y la llave de salida. Los ladridos eran insoportables y provenían, sin lugar a dudas, de abajo. . . muy cerca del vasito. Me agaché nuevamente y, desde ese otro ángulo, pude iluminar de frente el interior del vasito. ¡Dentro de él descubrí una ranita verde de apenas unos 3 cm de altura! La observé detenidamente. Parecía pertenecer al género *Hyla* y tenía la garganta inflada como un globo a punto de reventar y. . . ¡palpitaba al ritmo de los ladridos!

Traté de descubrir huellas de perro, zorro o algo que explicara los ladridos nocturnos, pero todo fue en vano.

—¿Queeeeé. . .? —exclamé—. ¡No me digas que eres tú quien mete tanto ruido! Pero no cabía la menor duda: allí estaba el autor de tan temibles “ladrídos”, en plena acción ante mis ojos. Solté una carcajada al recordar cómo nos había espeluznado a la Sra. María y a mí. Luego, reflexioné apenas un instante y comprendí perfectamente lo que hacía este hábil animalito metido allí: La reproducción de estos anfibios sólo es posible dentro del agua, que sirve como único vehículo posible a los espermatozoides del macho, cuando acuden hacia los óvulos que va expulsando la hembra durante este tipo de fecundación externa. Lo que este macho solitario se proponía era, sencillamente, invitar a gritos, y con “megáfono”, a alguna “novia”, aprovechando la magnífica resonancia que le brindaba la acústica conicidad del vasito a su ya potentísima garganta. En el estero buscaba, posiblemente, la cavidad de algún tronco o caña gruesa. Y la “laguna” que había descubierto en este pulido piso

de cemento, bajo techo, le brindaba, al parecer, un ideal y romántico lecho nupcial.

—Pero, amiguito, ¿te enviará el buen Dios una novia hasta este civilizado lugar? —comenzaba a objetarle, cuando. . . percibí otro “ladrido”, mucho más débil y de tono más grave, a mis espaldas. Dirigí la linterna hacia la puerta y, a unos 50 cm de ella, acababa de hacerse presente la diminuta compañera. . .

—¡Hola, señorita! —le dije—. Ud. debe de llegar desde muy lejos, ¿verdad? ¡Lo que no entiendo es cómo los atronadores gritos de su novio no le ponen los pelos de punta. . . como a la Sra. María y a mí. Luego, concluí:

—No más comentarios, señorita; creo que aquí sobra uno. . . con su permiso. . . Ah, perdón nuevamente: ya me olvidaba del interruptor trifásico.

Ya afuera, no pude reprimir la admiración producida por este raro descubrimiento y, elevando los ojos al cielo nocturno, le dije a Dios:

—Señor, ¿cuál va a ser la próxima sorpresa que me tienes reservada? A mí los humanos me llaman “profesor”, pero tu didáctica me anonada: primero, me picas la curiosidad hasta la desesperación, y luego me das la respuesta, en forma espectacular, antes que yo pueda darme cuenta de la profundidad de tus maravillas y de tu tierno cuidado hacia el anónimo mundo silvestre. ¡Cómo te admiro y te quiero cada día, Maestro de maestros!

Emprendí el regreso a casa, cruzando el barro y los charcos, y noté que la noche ya no era rasgada por “ladrido” alguno, pues, los únicos sonidos que pudiera alguien oír por allí, eran el chapoteo de un par de botas que se alejaban, acompasadas al ritmo de la marcha nupcial de Mendelssohn, silbada alegremente. . . ○

Fernando De Lucchi A. es profesor de Ciencias Biológicas y vicedirector del Colegio Adventista de Bolivia.

luego, amplificándolos. Decidí bajar silenciosamente por el talud lateral. Sabía que después de una lluvia las culebras salen a buscar sapos.

“Ojalá no tropiece con una ‘equis’ de las más grandes y venenosas —dije— porque no viviría para contarlo”. Avancé un buen trecho, pero ese altísimo “paso elefante” chorreaba agua, resultaba cortante, resbaloso y podía esconder peligrosas sorpresas. Atisé con la potente linterna, pero sólo vi un par de ranitas insignificantes en el arroyo del fondo. Tampoco pude descubrir huellas de mamíferos. Al acercarme, los ladridos habían ido cesando, uno por uno.

“¡Caramba! —suspiré—. Parece que otra vez me quedé ‘con los crespos hechos’”. Los truenos se anunciaban nuevamente y decidí regresar a casa.

Al día siguiente, le conté a la Sra. María que había escuchado y grabado por primera vez aquellos extraños y molestos ladridos del estero pero, aunque los había analizado, amplificado y escuchado con auriculares, resultaban “inidentificables”.

Pasaron varias semanas. Una noche se interrumpió la energía eléctrica y el colegio quedó a oscuras. Sabiendo que, al restablecerse el servicio, existía el peligro de que se fundieran los fusibles de la bomba de agua, salí hacia allá para desconectar el interruptor trifásico. Al acercarme al pequeño edificio de la bomba oí, cerca, los extraños ladridos. Me acerqué cautelosamente. Los ladridos provenían de esa dirección. Me acerqué a la puerta. Estaba abierta y... ¡los ladridos salían del interior! Sentí un extraño escalofrío por todo el cuerpo...

“¿Entro, o dejo que los fusibles se fundan?”, pensé con indecisión.

“Fernando, ¿estás con miedo?” —me reprochó una vocecilla interior, azuzándome luego: “¡Avanza! ¡Dale un puntapié a la puerta y, si algo peludo te salta encima, esquiválo con presteza!””. Los ladridos eran de una estridencia ensordecedora. Alumbré el piso inte-

rior. Estaba cubierto por un grueso charco de agua, resultante de una fuga del tanque de acero. ¡Me acerqué más y di un puntapié a la puerta, abriéndola por completo y, saltando a un costado, esperé vigilante con la linterna encendida la salida de cualquier animal...! Pero todo quedó en repentino silencio y nada pareció moverse adentro. Esperé un tiempo interminable. De pronto, se reiniciaron los ladridos. ¡Tomé valor y, dando otro salto, me planté con ambas botas en el centro de la habitación,

¡Me acerqué más y di un puntapié a la puerta, abriéndola por completo...! y esperé vigilante.

enfocando la linterna hacia el fondo! Pero... ¡no había nada! Sólo el viejo tanque de acero, las tuberías y llaves de siempre. Exploré rápidamente el piso con el haz luminoso pero, en ese charco de media pulgada de espesor, sólo vi dos cáscaras de bananas, un vasito de plástico blanco volcado, una cucharilla para helado, unas cuantas pajas y el barro ferroso formado por el agua. Todo estaba nuevamente en silencio.

“¿Se habrá trepado sobre el tanque... o sobre las cajas de distribución?” Quedé quieto, en silenciosa expectativa. Pasaron unos minutos. De pronto, ¡se reiniciaron los ladridos, con una estridencia que me taladraba los oídos! Quedé paralizado; sólo me atrevía a mover cautelosamente los ojos, tratando de localizar de qué rincón provenían... “¡Mmmm! Parece que está bajo el tanque”, sospeché. Me agaché lentamente, alumbrando ese estrecho espacio de no más de 30 cm, pero sólo vi el vasito volcado y la cucharilla. Me acerqué para inspeccionar detrás del



de unos treinta o cuarenta años. ¿Dónde la iban a poner?, me pregunté.

Ella habló con la azafata, y yo estaba lo suficientemente cerca como para escuchar la palabra *asiento plegadizo* por encima del tumulto de voces. En mi mente forjé la imagen mental de ella haciendo el vuelo en un asiento plegable en la cola del avión. Pero justo en ese momento se abrió la puerta de la cabina y el piloto con quien la había visto antes asomó su cabeza y le dijo algo. Un segundo más tarde desapareció en la cabina con él.

Poco después, mientras los nudillos de mi esposa se ponían blancos de tanto apretar los apoyabrazos de su asiento, nos lanzamos al cielo centroamericano.

Nuestra última escala antes de dirigimos al golfo de México era Belice. El aire tropical y húmedo que nos invadió cuando la azafata abrió la puerta era un gran contraste con el interior del avión, con aire acondicionado. Un par de pasajeros comenzaron a subir por la rampa y se detuvieron en la puerta, con las tarjetas de embarco en sus manos.

Pero la azafata no les permitió subir. Después de varios minutos de frustrada discusión se las arregló para convencerlos de que aunque tenían reservado su pasaje en el vuelo, ya estaba colmado y tendrían

Mientras se atropellaban uno sobre otro y sobre otros pasajeros para encontrar asientos, me preguntaba si habían barrido con cuanta casa de recuerdos pudieron encontrar en el país. Llevaban bolsas de paja, machetes de recuerdo (esto fue antes de la epidemia de secuestros aéreos), tallados en madera, y cualquier cosa que uno podía imaginar que pueda separar a un visitante de su dinero. Tuvieron que embutir su equipaje en los receptáculos sobre los asientos y debajo de los mismos.

La horda de adolescentes ocupó cada asiento disponible, y su excitada cháchara llegó a apagar el sonido del aire acondicionado que enfriaba la cabina mientras el avión permanecía en la terminal aérea. No me podía imaginar como podrían hacer entrar a una persona más a bordo.

Entonces una atractiva muchacha de unos veinte años comenzó a subir por la escalera. La había visto antes en el aeropuerto, hablando con uno de los pilotos, un elegante joven

“Ya era suficientemente malo no permitir el acceso a los pasajeros por cualquier razón, pero arruinar el viaje de alguien tan sólo por proveer un viaje para su ‘amiguita’ era peor aún”.

que esperar uno posterior. La puerta de la cabina se abrió por unos pocos minutos y pude ver a la chica sentada en un asiento justo detrás del piloto y copiloto. Ocasionalmente se entendía por señas con el piloto mientras éste hacía una pausa al controlar sus instrumentos.

“El piloto trajo a su amiguita —estaba seguro de que eso era lo que pensaban los pasajeros— y hace que los pasajeros regulares tengan que quedarse. ¡Qué forma de manejar una aerolínea!”

La pista principal de Belice estaba tan llena de pozos que me recordaba algunas calles que había visto. Y era bastante corta. Estábamos tan cargados que el piloto llevó al avión hasta el extremo mismo de la pista, llegando a hundir la cola del avión en la jungla. Luego, acelerando al máximo ambos motores hasta que no podía detener más el avión, liberó los frenos y se lanzó por la pista de asfalto, elevándose en el aire.

Cruzando por encima de la jungla, volamos por zonas de pequeñas tormentas. Ocasionalmente veíamos relámpagos en las nubes cercanas. La pesada carga hacía que aparentemente consumiéramos más combustible de lo normal, porque el piloto decidió hacer una escala no prevista en Mérida, en la costa norte de la península de Yucatán.

Una vez más en el aire, las azafatas comenzaron a pasar por los pasillos sirviendo refrescos. Una de ellas abrió la puerta de la cabina con una bandeja para la tripulación y la chica. Lamentaba que nuestra parada

de emergencia en Mérida nos hubiera retrasado. Una cantidad de pasajeros probablemente tenían conexiones que hacer en Nueva Orleans. Si las perdían, echarían la culpa del exceso de peso y el incremento en el consumo de combustible a la amiguita del piloto. Ya era suficientemente malo no permitir el acceso a los pasajeros por cualquier razón, pero arruinar el viaje de alguien tan sólo por proveer un viaje para su amiguita era peor aún.

Pronto el delta del Misisipí apareció en el horizonte, y antes que pudiéramos darnos cuenta ya estábamos aproximándonos al aeropuerto.

Mientras abríamos nuestras valijas para los oficiales de aduana del aeropuerto de Nueva Orleans, el piloto y su amiguita pasaron a nuestro lado para esperar su equipaje. Estuvieron allí unos pocos minutos. Hasta ese momento los había observado distraídamente. Entonces la chica dijo algo al piloto que me impresionó, quizá para siempre, acerca de cómo vemos el mundo a nuestro alrededor a través de nuestros preconceptos y malas interpretaciones; cómo tendemos a ver las cosas como esperamos o deseamos o tememos que sean.

Porque en aquel instante me di cuenta de que el elegante piloto de la aerolínea tenía más edad de la que había supuesto primeramente. Dándose vuelta para irse, la muchacha tocó su brazo y le dijo: “Te veo más tarde, papá”. ○

Ud. sí que tiene suerte, profesor —alegaba la Sra. María—, porque le ha tocado vivir en una casa rodeada de pájaros de toda clase y que cantan muy lindo. . . justo a Ud., que le “chiflan” los plumíferos! En cambio yo, vivo hace dos años en esta casa, donde se oye todas las noches a unos perros o zorros salvajes peleando, allá abajo en el estero, en lo más espeso del bosque que queda detrás de la casa. Me dan miedo, insomnio y dolor de cabeza. . .

—¿Perros o zorros salvajes aquí, en pleno *campus* del colegio? —inquirí, intrigado ante la perspectiva de descubrir alguna nueva especie en ese húmedo bosque tropical ecuatoriano.

—¡Perros, zorros, o. . . qué sé yo, pero lo cierto es que toda la noche ladran fuerte; y no uno sino varios, por no decirle muchos! —remachó con fastidio.

—Pues, apenas pueda voy a darme una vuelta, linterna en mano y con botas de goma, una de estas noches, para conocerlos —dije, despidiéndome en tono decidido. Ella me miró con la misma repulsión con que miraría a esos hechiceros que viven entre lechuzas, culebras y demonios.

Pasaron varios días sin que pudiera asomar por el famoso estero. Un domingo de mañana me propuse explorar un poco ese lugar. Era una quebrada algo profunda, muy húmeda, invadida por aquella típica vegetación tropical, con altos árboles, palmeras, helechos arborescentes y una maraña casi impenetrable de lianas y bejucos, todo ello cubierto de fresco y húmedo musgo y epífitas, con ese penetrante olor a selva, producido mayormente por la gran proliferación de hongos saprófitos, que pudren, desintegran y devoran la abundante hojarasca y troncos derribados por la acción minadora de termitas y polillas. En el fondo del estero vi agua de circulación lenta y cubierta de una nata de algas. Una culebra verde desapareció entre la maleza y logré descubrir más de tres aves de exótica belleza, huyendo hacia la espesura. Traté de

descubrir huellas de perro, zorro o algo que explicara los ladridos nocturnos, pero en vano. Los mosquitos asediaban insaciables, a pesar del repelente aplicado en el rostro y las manos. Decidí retirarme.

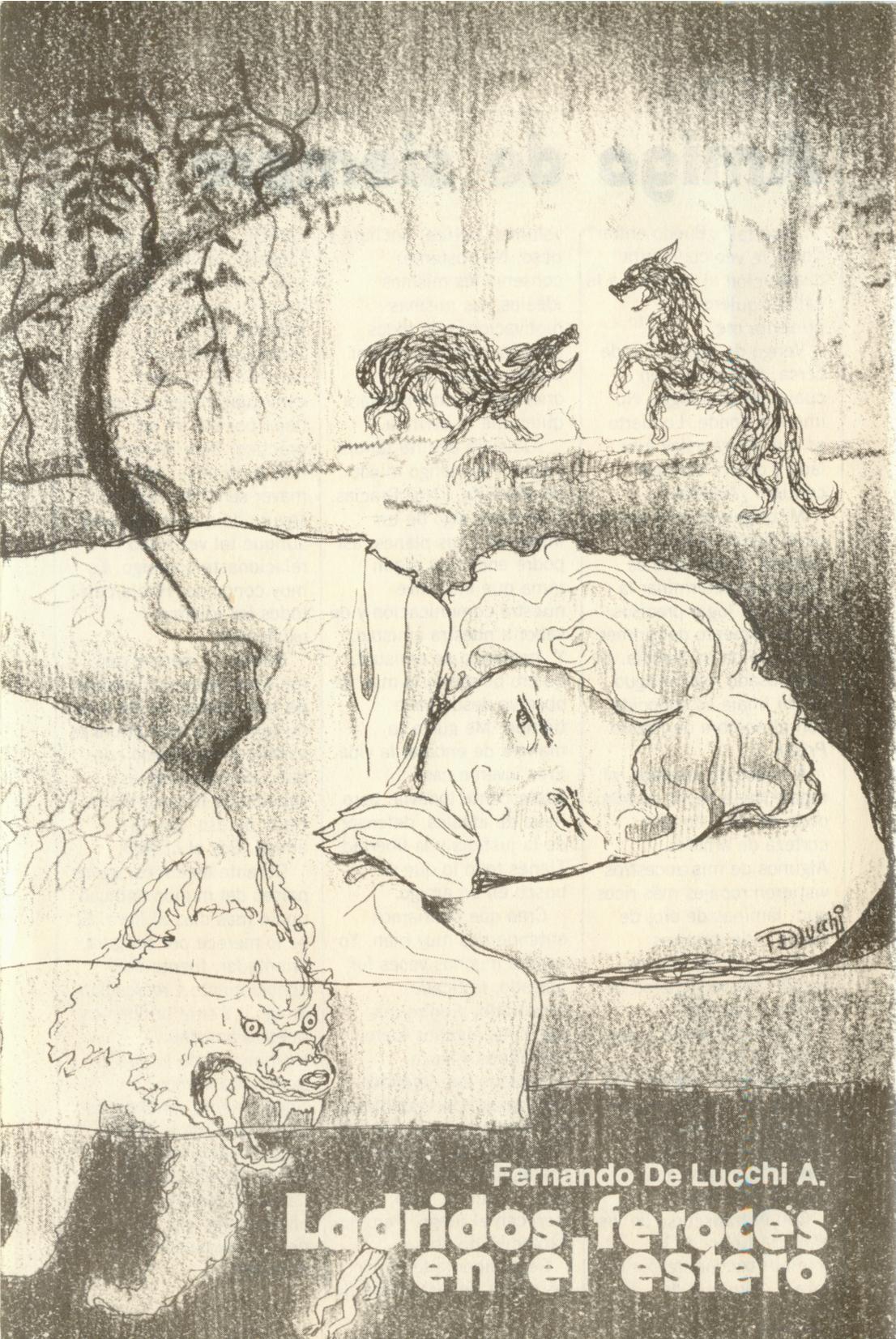
Una noche regresaba yo del pueblo, después de un chaparrón torrencial y, al pasar por el puente de tierra que cruzaba un extremo del estero, oí algo como ladridos extraños, allá abajo. Me detuve y agucé el oído. Eran potentes y totalmente desconocidos para mí. To-

Dios tiene maravillosos métodos para enseñar sus verdades y los misterios de la naturaleza, y éste era uno de sus métodos más sorprendentes.

mé una piedra y la lancé hacia esa oscuridad impenetrable. Crujieron hojas y ramitas y luego, el ruido sordo de la piedra hundiéndose en el pantano. Cesaron los ladridos y todo quedó en repentino silencio. Corrí a casa y entré como un bólido, en busca de botas, impermeable, linterna y mi magnetófono de bolsillo. . .

—¿Qué te pasa? —preguntó, alarmada, mi esposa—. Ni siquiera saludas. . . ¿Y las compras que hiciste?

—¡Están desparramadas en el sofá. . . o en el suelo, disculpa! ¡Ya regreso. . .! —respondí, saliendo velozmente. Cuando llegué al puente, oí otra vez los ladridos. Poniendo la linterna a la altura de mis ojos, alumbré en esa dirección, esperando descubrir varios pares de ojos nocturnos, brillando en la espesura, pero sólo brillaban las gotitas de la reciente lluvia sobre el follaje. Los ladridos parecían aumentar en cantidad y fuerza. Presionando el botón del magnetófono, los grabé para analizarlos



Fernando De Lucchi A.
Ladridos feroces en el estero

El Superhéroe

Vimos el mes pasado que la guerra de las galaxias se definió por la intervención de la Simiente prometida, el Hijo del Señor de las galaxias, quien se hizo hombre para que con su muerte pudiera reconciliar a los hombres con Dios. Pero la venida de Cristo Jesús, el Superhéroe, a la tierra tuvo un doble propósito:

- a. S. Lucas 19: 10 (NT 120)
-
- b. Hebreos 1: 1-3 (NT 317)
-
- ¿Qué quiso mostrar Dios al enviar a su Hijo al planeta Tierra? 1 S. Juan 4: 9 (NT 351)
-

El carácter de Dios había sido presentado en forma tergiversada por su enemigo, el Engañador, que alegaba que Yahvé había abandonado a sus criaturas y las quería destruir. Pero no era sólo Yahvé el que estaba interesado, sino también su Hijo, que tampoco fue obligado a ser el Héroe de los hombres.

En 1 S. Juan 3: 16 (NT 351) dice: "Conocemos lo que es el porque

..... dio su vida por nosotros". Es que la característica básica de Dios es el amor (1 S. Juan 4: 8, NT 351).

¿Cuáles son los deseos de Dios el Padre y de Dios el Hijo? 2 S. Pedro 3: 9

- (NT 347)
-
- S. Juan 3: 16 (NT 137)
-

¿Desde cuándo amaba Dios a los hombres? Jeremías 31: 3 (AT 965)

Este amor es el que Yahvé siempre tuvo por sus criaturas. Lo que más desea es que éstas respondan con un amor similar.

¿Cuáles son las dimensiones del amor de Yahvé? Efesios 3: 17-19 (NT 279)

Amigo de siempre

¿Qué tal? ¿Puedo entrar? Como te veo con cierta disposición al reposo y a la calma, quiero presentarme.

Vengo de lejos. . . o de cerca. Vivo aquí o en cualquier otro lugar. No importa dónde. Lo cierto es que ahora estoy a tu lado y quiero dialogar contigo. ¿Aceptas?

Mi origen es muy remoto en el tiempo y en el espacio. Tanto, que es imposible determinar la fecha y el lugar precisos del nacimiento del primer miembro de mi familia. El antepasado más antiguo de mi linaje es conocido con el nombre de *Papiro Prissé*.

A través de los años mi ropaje fue a veces de tela, otras de piel, hojas o corteza de árboles. Algunos de mis ancestros vistieron ropajes más ricos aun: láminas de oro, de marfil o de maderas costosas. Otros, menos vanidosos, se vistieron de arcilla o ladrillo.

Yo ya pertenezco a una sociedad más modernizada, ¿sabes? Me gustan los colores vivaces y alegres. Prefiero ser delgado a pesar de que mis antepasados eran obesos y pesados.

Con el transcurso de los años, la fiebre de la miniaturización llevó a mi raza a disminuir de

volumen, altura, anchura y peso. No obstante, conservo los mismos ideales, las mismas motivaciones de todos ellos: ser amigo, brindar placer, sabiduría, orientación y compañía a quien me lo permita.

¿Quisiera decirte tantas cosas! Pero tengo miedo de aburrirte. ¿No? Gracias. Cuéntame algo de tus intereses y tus planes, así podré encontrar algún tema que incentive nuestra comunicación y dé sabor a nuestra amistad.

Y, hablando de amistad, quiero ofrecerte la mía. Te observo desde hace tiempo. Me gusta tu manera de encarar la vida. Eres joven o casi adolescente todavía, pero lleno de ideales, defensor de la justicia y la libertad. Tienes todo lo que yo busco en un amigo.

Creo que podríamos entendernos muy bien. Yo mismo muchas veces fui juzgado, criticado, censurado, y entre mis parientes algunos fueron destruidos y hasta quemados por defender ideologías trascendentales. No obstante, como en toda familia, en la mía también hay algunos ejemplares que. . . bueno, bien merecen el fuego. Pero no hablemos de eso.

Seguramente te atraen los temas de actualidad, la

ciencia, la historia, la filosofía, la literatura. De todo esto podría decirte mucho, si quisieras oírme. Además, tengo un Superpariente muy cercano. El es muy espiritual, reflexivo, sin dejar por eso de ser práctico. Dice las verdades más profundas con la mayor sencillez. Estoy seguro de que lo conoces, aunque tal vez no lo relacionaste conmigo. Es muy conocido. Habla casi todos los idiomas existentes.

Bueno. . . parece que me estoy poniendo pesado de tanto hablar de mí y de mi familia. A esta altura te estarás preguntando con qué clase de burgués y sabelotodo te encontraste. Nada de eso. Soy tu amigo. Soy el LIBRO.

Durante este mes, varios países del mundo dedican uno o más días al libro. El se lo merece por ser guía, orientador, fuente de conocimiento y recreación, amigo. ¿Y si le brindamos nuestra amistad y recibimos todo lo que él tiene para darnos? Seguramente seremos los más favorecidos. Sobre todo el Superlibro, la Biblia, tiene vida para darnos, y vida en abundancia. No la desaprovechemos. —La directora.

¿Por qué es tan importante conocer a Yahvé y a nuestro Superhéroe? S.

Juan 17: 3 (NT 161)

Conociéndole podremos tener vida eterna. Pero no simplemente la vida como la conocemos ahora, y por unos pocos años. Nuestro Señor Jesucristo mismo dijo: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (S. Juan 10: 10, NT 151). Esto no se refiere sólo a esta vida terrenal, sino también a la vida futura, que incluye un viaje cósmico del que hablaremos más adelante.

¿De qué manera podemos participar de esta vida? 1 S. Juan 5: 12, 13 (NT 353)

¡Maravilloso amor de Yahvé! Pensar que el Señor de las galaxias se interesa por cada uno de nosotros, pobres criaturas descarriadas, sin ningún derecho a nada. Pero de nosotros depende que la guerra, ya definida en términos cósmicos, también quede definida en términos personales.

MI DECISION: Deseo agradecer a mi Héroe por su amor y sacrificio por mí. Quiero conocerlo más para amarlo más.

Firma: Fecha:

Los números entre paréntesis indican las páginas de la versión popular *Dios habla hoy*, indicando con AT la primera parte o Antiguo Testamento, y con NT la segunda parte o Nuevo Testamento.

¿De qué manera podemos poseer a Cristo? Efesios 3: 17 (NT 279)

Cristo, nuestro Superhéroe, debe y puede vivir en nuestros corazones y mentes por la fe. Esa fe es sencillamente la confianza en algo, o mejor, en Alguien que merece toda nuestra confianza y todo nuestro amor, pues lo ha ganado a un costo infinito: su propia sangre. Su vida nos salva con mayor razón (lee Romanos 5: 10, NT 223).

¿Qué hizo Jesucristo, nuestro Superhéroe, durante su vida en la Tierra? S.

Mateo 4: 23 (NT 5)

Los evangelios (como llamamos a los cuatro primeros libros del Nuevo Testamento) cuentan la vida y obra del Señor Jesucristo durante los años que pasó como hombre entre los hombres. Sería muy interesante y útil que durante los próximos días y semanas los leyeras, comenzando tal vez con S. Marcos, que es el más corto (NT 50-81), y siguiendo luego con S. Lucas (NT 82-132), S. Mateo (NT 1-49) y S. Juan (NT 133-169). Pero no interesa tanto el orden en que los leas. Lo valioso es que llegues a conocer mejor al Héroe que definió la guerra de las galaxias.

Si lees con cuidado verás quién era realmente este hombre-héroe. Analizaremos más adelante algunas de sus enseñanzas que siguen en vigencia hoy, a pesar del tiempo transcurrido. Pero sin duda te preguntarás:



PAG. 4



PAG. 19

Rolando A. Itin, presidente del consejo editorial

Luis O. Marsón, director de arte

Mónica Casarramona, directora

Hugo O. Primucci, diagramador

Oswaldo N. Gallino, redactor

Roberto Gullón, gerente general

M. del Carmen de Aragón, secretaria

3 EDITORIAL
Amigo de siempre

4 LADRIDOS FEROCES EN EL ESTERO. Fernando De Lucchi A.
Extraño galanteo de seres inferiores de la naturaleza

8 LA MAQUINA DE HACER SANTOS. Osvaldo Gallino
La santificación no es cuestión de cibernética

14 LA SALVACION ES PARA TODOS. Wayne Judd
La salvación comienza con Dios, no con nuestros pecados

16 CONCURSO JUVENTUD 1984
Para estimular tu creatividad y enriquecer la revista

19 DOBLE VIDA. Marisa Hatcher
En la iglesia era la perfecta cristiana, en la escuela...

23 REPORTAJE AL CIGARRILLO
El cigarrillo cuenta su vida, su historia, sus objetivos

26 LA AMIGA DEL PILOTO. Jerry Williams
Tendemos a ver las cosas como esperamos, deseamos o tememos que sean

JUVENTUD, una revista para jóvenes cristianos, es publicada por la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

INTERCAMBIO

Las personas cuyos nombres colocamos en esta sección desean intercambiar correspondencia con otros jóvenes. Escribe directamente a la dirección de la persona que has escogido. Para ser incluido en nuestra lista mensual, dirígete a **Juventud**, Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires, Argentina.

Sergio Gabriel Ojeda - Instituto Juan B. Alberdi - Casilla de Correo N° 6 - 3315 Leandro N. Alem - Misiones - Argentina. Tiene 16 años. Desea intercambiar correspondencia con jóvenes y señoritas. Colecciona postales y mariposas.

Genniferth Pinheiro Y. - Casilla 528 - Cochabamba - Vinto - Bolivia. Tiene 17 años. Desea mantener correspondencia con jóvenes de ambos sexos de cualquier país y edad. Colecciona estampillas y postales.

José Luis Sosa - Achiras 5833 - 5000 Córdoba - Argentina. Tiene 15 años. Desea intercambiar correspondencia con jóvenes de ambos sexos.

Zelia Philco A. - Calle 6 Avda. Cactus 26-31 - Ventanilla - Lima - Perú. Tiene 21 años. Desea intercambiar correspondencia con jóvenes de ambos sexos. Le gusta la música sacra, instrumental, clásica. Colecciona poesías, pensamientos célebres y fotografías.

Alejandro Terrazas - Pierrastegui 2384 - 1708 Morón - Prov. de Buenos Aires - Argentina. Desea mantener correspondencia con jóvenes de ambos sexos, de cualquier lugar y edad. Le gusta la música clásica. Estudia piano.

J. Alfonso López - Av. Grau 570-I - Miraflores - Lima - Perú. Le gusta la lectura. Desea mantener correspondencia en español o portugués con señoritas mayores de 18 años.

Dora Isabel Ludueña - Colegio Adventista del Plata - 3103 Villa Libertador San Martín - Entre Ríos - Argentina. Tiene 25 años. Le gusta

leer, también las manualidades, y colecciona poesías. Desea intercambiar correspondencia con jóvenes de todo el país.

Zaida L. Flores Soto - Calle 1-A-4 - Turabo Gardens - Caguas - Puerto Rico 00625. Tiene 16 años. Le gusta escribir, también la música. Desea mantener correspondencia con otros jóvenes adventistas.

Paula Virginia Mazzucco - Pringles 705 - 6550 - Bolívar - Buenos Aires - Argentina. Desea intercambiar correspondencia con jóvenes de cualquier edad y país.

Bettina Laura Echezarraga - Santa María de Oro 1939 - 1712 Castelar - Prov. de Buenos Aires - Argentina. Tiene 13 años. Le gusta la música y desea tener más amigos cada día.

Abner David Macedonio García - Casilla N° 355 - La Paz - Bolivia. Tiene 18 años. Es estudiante. Desea mantener correspondencia con jóvenes de ambos sexos. Le gusta la música y la medicina.

Sandra Espíndola - Casilla de Correo N° 6 - 3315 Leandro N. Alem - Misiones - Argentina. Colecciona estampillas, postales, billetes. Promete contestar todas las cartas.

Ricardo Yahuancani Soto - Av. del Ejército 1036 - Iquitos - Perú. Tiene 20 años. Le gustaría recibir cartas, postales y fotos de todo el mundo. Trabaja y estudia.

Oswaldo René González - Industria 7631 - 1655 José León Suárez - Prov. de Buenos Aires - Argentina. Tiene 16 años. Desearía intercambiar poesías y postales y tener amigos de otros países.

Agencias de distribución de JUVENTUD

ARGENTINA. BUENOS AIRES: Valentín Vergara 3346, 1602 Florida. Tel. 761-3647. CORRIENTES: Buenos Aires 1178, 3400 Corrientes. Tel. 24072. PARANA: Córdoba 586, 3100 Paraná, Entre Ríos. Tel. 222995. **BOLIVIA.** LA PAZ: Rosendo Villalobos 1592, Casilla 355. Tels. 35 28 43, 32 72 44. SANTA CRUZ DE LA SIERRA: Colón 709, Cajón Postal 2495. Tels. 3-2200, 3-2201. **CHILE.** ANTOFAGASTA: 14 de Febrero 2784, Casilla 1260. Tel. 24917. SANTIAGO, Sucursal Casa Editora: Santa Elena 1038, Casilla 328. Tel. 2225948. SANTIAGO, Agencia: Porvenir 72, Casilla 2830. Tel. 2225880. TEMUCO: Claro Solar 1170, Casilla 2-D. Tel. 33194. **ECUADOR.** GUAYAQUIL: Calle Tulcán 901, Casilla 1140. Tel. 361-205. **ESPAÑA.** MADRID: Aravaca 8, Madrid 3. Tels. 91/2334238-2348661-2339037. **MEXICO.** MEXICO: Yacatas N° 398, Apartado Postal 18-813, México 12, D.F. Tel. 687-21-00. **PARAGUAY.** ASUNCION: Kubitschek 899. Tel. 24-181. **PERU.** AREQUIPA: Casilla 1381. Tel. 239571. CHICLAYO: Alfonso Ugarte 1499, Casilla 330. Tel. 23-2641. LIMA: Jr. Washington 1807, oficina 502, Casilla 1002. Tels. 23-9012, 23-1361. PUCALLPA: Avda. Basadre km 4,700, Casilla 350. Tel. 6914. PUNO: Lima 115. Casilla 312. Tel. 193. **URUGUAY.** MONTEVIDEO: Mateo Vidal 3211, Casilla 512. Tel. 81 46 67.

JUVENTUD (Marca Registrada). Editada mensualmente e impresa mediante el sistema offset por la Asociación Casa Editora Sudamericana, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Redacción, administración y talleres: Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires, República Argentina. Tel. 760-0416. Domicilio legal: Uriarte 2435, 1425 Capital Federal.



**PARA
CASOS
ESPECIFICOS**



**REVISTAS
ESPECIALES**

Juventud

JUNIO DE 1984



**La amiga
del piloto**